

de los santos. Víctor, Amelia, Alejandro, Eduardo, Margarita, Paquita, Luisa, Renata... Mira, hay una que se llama como yo...

Máximo veía en el espejo su enrojecido rostro. Empinábase Renata más aun, y su dominó, echándose atrás, le dibujaba la curvatura del talle y el desarrollo de las caderas. El joven seguía con la vista la línea de raso que se le ajustaba como una camisa. Levantóse a su vez y tiró el cigarro. No se sentía bien, se hallaba inquieto. Parecía que le faltaba algo a que estaba acostumbrado.

—¡Ah! aquí tienes tu nombre, Máximo—exclamó Renata.—Escucha... “Amo...”

Pero él se había sentado al extremo del diván, casi a los pies de la joven. Con rápido movimiento logró cogerle las manos, y apartándola del espejo, le dijo con acento singular:

—Te lo ruego, no leas eso.

La joven forcejeó riendo nerviosamente.

—¿Y por qué? ¿Acaso no soy tu confidente?

Pero él, insistiendo, agregó con acento más sofocado:

—No, esta noche no.

El continuaba teniéndola sujeta, y ella daba ligeras sacudidas con sus puños para poderse desprender. Mirábanse con ojos que parecían no conocerse, con larga sonrisa contraída y un tanto abochornada. La joven cayó de rodillas al borde del diván. Continuaban luchando, por más que ella no hacía ya movimiento alguno del lado del espejo y que cedía. Y como él la cogiese con toda su fuerza, le dijo con risa turbada y lánguida:

—Vamos, déjame... Me haces mal.

Fué este el único murmurio de sus labios. En medio del gran silencio de la estancia, en donde el gas parecía fulgurar en todo su esplendor, sintió que el suelo temblaba y oyó el rodar del ómnibus de las Batignolles que debía de volver

la esquina del bulevar. Cuando volvieron a encontrarse uno al lado del otro, sentados en el diván, Máximo balbuceó, en medio de su mutuo malestar:

—¡Bah! esto tenía que suceder un día u otro.

Ella no decía una palabra, y miraba con anodado semblante los florones de la alfombra.

—¿Acaso pensabas tú en esto?—continuó Máximo balbuceando más aún.—Por mi parte, en modo alguno... habría debido desconfiar del gabinete...

Pero ella, con profundo acento y como si toda la burguesa honradez de los Béraud Du Chatel se despertase en medio de aquella horrible falta: —Es inicuo lo que acabamos de hacer—murmuró, ya desembriagada, con el rostro envejecido y rebosante de seriedad.

Faltábale la respiración. Dirigióse a la ventana, descorrió las cortinas y se acodó en la baranda. La orquesta había terminado: la falta se había cometido en el último estremecimiento de los bajos y el lejano trémolo de los violines, vaga sordina del bulevar adormecido y soñando de amor. Abajo, el arroyo y las aceras se prolongaban y desaparecían en medio de cenicienta soledad. Todas aquellas ruidosas ruedas de fiacres parecían haberse alejado, llevándose consigo las luces y la muchedumbre. Bajo la ventana el café Riche hallábase cerrado, ni una rendija de luz atravesaba las maderas. Del otro lado de la avenida, tan sólo brillantes resplandores iluminaban aún la fachada del café Inglés; una ventana, entre otras, había entreabierta, de la que salían risas apagadas. Y todo a lo largo de aquella faja de sombra, desde la esquina de la calle Drouot al otro extremo, tan lejos como la vista podía alcanzar, no veía ya sino las manchas simétricas de los quioscos, tiñendo de rojo y verde la obscuridad de la noche, sin iluminarla, a la manera de ma-



riposas colocadas de trecho en trecho en dormitorio gigantesco.

Renata alzó la cabeza. Los árboles recortaban su elevado ramaje en un claro cielo, mientras que la línea irregular de las casas se esfumaba como los amontonamientos de una costa rocosa a la orilla del azulado mar. Pero aquella franja de cielo la entristecía más aun, y tan sólo en las tinieblas del bulevar encontraba algún consuelo. Lo que quedaba en la desierta avenida, de ruido y de relajación, la excusaba. Creía sentir como si el calor desarrollado por los pasos de todos los hombres y mujeres, subiese de las aceras que se iban enfriando. Las impudicias que por allí se habían arrastrado, deseos de un minuto, ofertas hechas en voz baja, placeres de una noche pagados de antemano, se evaporaban, flotaban en una espesa niebla impelida por el soplo matutino. Inclínada en la obscuridad, respiró aquel estremecedor silencio, aquel olor de alcoba, como estímulo que le llegaba de abajo, como seguridad de vergüenza, compartida y aceptada por una ciudad cómplice. Y así que sus ojos se hubieron aviado a la obscuridad, divisó a la mujer con vestido azul guarnecido de encaje, sola en la cenicienta obscuridad, en pie en el mismo sitio, esperando y ofreciéndose a las vacías tinieblas.

La joven, al volverse, vió a Carlos, que miraba a su alrededor, olfateando. Acabó por reparar en la cinta azul de Renata, arrugada, olvidada en un extremo del diván. Apresuróse a llevárselo, con su cortés ademán. Entonces Renata sintió todo su bochorno. En pie delante del espejo y torpes las manos, trató de reanudar la cinta; mas el peinado se le había deshecho, los ricitos se habían aplastado sobre las sienes, y no pudo conseguir hacer el nudo. Carlos acudió en su ayuda, diciendo, como si ofreciese algo acostumbrado, un enjuague o un palillo para los dientes:

—Si la señora quisiera el peine...

—¡Eh! no, es inútil, —interrumpió Máximo, lanzando al mozo una mirada de impaciencia. Vaya usted en busca de un coche.

Renata se cubrió sencillamente con el capuchón del dominó. Y, cuando iba a dejar el espejo, se empujó ligeramente para dar con las palabras que los brazos de Máximo no le habían dejado leer. Veíase allí, subiendo hacia el techo, con gruesos y torpes trazos, la declaración con la firma de Silvia: "Amo a Máximo". Mordióse los labios y se cubrió un poco más con el capuchón.

En el coche experimentaron un malestar terrible. Habíanse colocado, como al bajar del parque Monceaux, el uno frontero al otro. No daban con una palabra que decirse. El fiacre estaba sumido en lóbrega obscuridad, y el cigarro de Máximo ni siquiera despedía aquel punto rojizo, aquella claridad de brasa encendida. Envuelto nuevamente en las faldas "que le llegaban hasta los ojos", sufría con aquellas tinieblas, con aquel silencio, con aquella mujer muda que sentía a su lado, y cuyos ojos, del todo abiertos, se figuraba ver en la obscuridad de la noche. Para parecer menos estólido, acabó por buscar su mano, y cuando la tuvo en la suya, se sintió aliviado y encontró la situación tolerante. La mano aquella se abandonaba, inerte, soñadora.

El fiacre atravesó la plaza de la Magdalena. Renata pensaba que no era culpable. Ella no había querido el incesto. Y cuanto más descendía en su interior, más inocente se conceptuaba, en las primeras horas de su escapatoria, en su furtiva salida del parque Monceaux, en casa de Blanca Muller, en el bulevar, hasta en el gabinete del restaurán. ¿Por qué se había dejado caer de rodillas al borde de aquel diván? Ni lo sabía: ni siquiera un segundo había pensado en ello. Ha-



bríase negado airada. Era cosa de broma, se divertía, y pare usted de contar. Y en el rodar del fiacre, volvía a llegar a sus oídos aquella ensordecedora orquesta del bulevar, aquel ir y venir de hombres y mujeres, en tanto que rayas de fuego le abrasaban sus fatigados ojos.

Máximo, en su rincón, soñaba asimismo con cierto malestar. Sentíase disgustado con su aventura. Echábale la culpa al dominó de raso negro. ¿Habíase visto en la vida que una mujer se pergeñase de aquella manera? Ni siquiera se le veía el cuello. Habíala tomado por un muchacho, jugaba con ella, y la culpa no era suya si el juego se había vuelto serio. Ciertamente que ni la habría tocado con la yema de los dedos, si tan siquiera hubiese dejado ver una miaja de los hombros. Habría hecho memoria entonces de que era la mujer de su padre. Y luego, como no era dado a reflexiones desagradables, acabó por perdonarse. ¡Tanto peor, sin embargo! Procuraría no volver a las andadas; sería la mayor de las necesidades.

Detúvose el fiacre, y Máximo bajó primero para ayudar a Renata. Pero en el pasillo del parque no se atrevió a abrazarla, y se dieron la mano como de costumbre. Encontrábase ya al otro lado de la verja, cuando, por decir algo, y cediendo, sin embargo, a una preocupación que vagaba en su mente desde el restaurán:

—¿Qué significa—le preguntó—aquel peine de que habló el mozo?

—Aquel peine, —repitió Máximo cortado, —pues no lo sé...

Renata comprendió al instante. El gabinete contaba sin duda con un peine que entraba en el menaje, con igual título que los cortinajes, el cerrojo y el diván. Y sin esperar una explicación que no venía, se hundió en las tinieblas del parque Monceaux, apresurando el paso, creyendo ver

a sus espaldas aquellos dientes de concha en que Laura de Aurigny y Silvia habían debido de dejar cabellos rubios o cabellos negros. Tenía una gran fiebre y fué preciso que Celeste la metiera en la cama y que la velase hasta por la mañana. Máximo, en la acera del bulevar Malesherbes, reflexionó un instante para decidirse a ir o no a reunirse con la alegre partida del café Inglés; mas, abrigando la idea de que así se castigaba, resolvió irse a acostar.

Al día siguiente Renata se despertó tarde de un sueño pesado y sin sobresaltos. Mandó que le encendieran un gran fuego y dijo que pasaría el día en su habitación. Era aquel su refugio en las circunstancias graves. Hacia el medio día, como su marido no la viese bajar el almuerzo, le pidió permiso para conversar con ella un instante. Iba a negarse con cierta inquietud, cuando vino a mejor consejo. La víspera había mandado a Saccard una factura de Worms que ascendía a ciento treinta y seis mil francos, cantidad un tanto crecida, y, a no dudarlo, quería tener la galantería de entregarle en persona la factura con el recibo.

El recuerdo de los bulecitos del día anterior volvió a su memoria. Dirigió maquinalmente al espejo una mirada y vió sus cabellos que Celeste había recogido en grandes trenzas. Luego se acurrucó junto al fuego, sepultándose en las blondas de su peinador. Saccard cuya habitación se encontraba también en el primer piso, haciendo juego con el de su mujer, se presentó en zapatillas a lo marido. A duras penas ponía los pies una vez al mes en el cuarto de Renata, y siempre por alguna delicada cuestión de dinero. Aquella mañana tenía los ojos enrojecidos y con la tez rojo-verdosa de quien no ha dormido. Besó la mano de la joven con toda galantería.

—¿Estás enferma, querida amiga?—dijo sen-



tándose al otro lado de la chimenea.—Un poquitín de jaqueca, ¿verdad? Perdóname si te rompo la cabeza con mi galimatías de hombre de negocios; pero la cosa es bastante grave...

Sacó de un bolsillo de la bata la factura de Worms, cuyo glaseado papel conoció Renata.

—Ayer me encontré esta factura en mi escritorio—prosiguió,—y me siento sumamente afligido, pues en este instante me es absolutamente imposible satisfacerla.

Estudió con el rabillo del ojo el efecto que producirían en ella estas palabras. Renata pareció terriblemente admirada. Saccard repuso sonriendo:

—Ya sabes, amiga querida, que no tengo por costumbre inquirir tus gastos. Esto no obsta para que ciertos detalles de esta cuenta no me hayan un tanto sorprendido. Así, por ejemplo, leo en la segunda página: "Traje de baile: tela, 70 francos; hechura, 600 francos; dinero prestado, 5,000; agua del doctor Pierre 6 francos". He aquí un vestido de setenta francos que asciende a una gran cantidad. Pero tú ya sabes que me hago cargo de todas las debilidades. Tu factura asciende a ciento treinta y seis mil francos, y casi, casi te has mostrado circunspecta, relativamente, se entiende... No hay más sino que, lo repito, no puedo pagar. Me encuentro apurado.

Renata tendió la mano con expresión de contenido despecho.

—Está bien—dijo con sequedad;—devuélveme la factura. Daré aviso.

—Veo que no me crees—murmuró Saccard, saboreando como un triunfo la incredulidad de su mujer, tocante a sus apuros de dinero.—No quiero significar que mi situación se vea amenazada, pero los negocios se presentan muy enrevesados en este instante... A riesgo de serte importuno, permíteme que te explique el estado en

que nos encontramos; tú me confiaste tu dote, y por mi parte, te soy deudor de completa franqueza.

Dejó el documento sobre la chimenea, tomó las tenazas y se puso a atizar el fuego. La manía de remover las cenizas mientras hablaba de negocios constituía para él un cálculo que había acabado por convertirse en costumbre. Cuando llegaba a una cantidad, a una frase de difícil pronunciación, producía algún desplome en el fuego, que reparaba en seguida laboriosamente, acercando los tizones, atrayendo y amontonando las astillas de madera. Otras veces desaparecía casi en la chimenea para ir en busca de un trozo de ascua extraviado. Ensordecíasele la voz, había quien se interesaba contemplando sus sabias construcciones de carbones encendidos; por último la gente acababa por no escucharle, y generalmente salía de su habitación contenta y apaleada. Hasta en la casa ajena se apoderaba despóticamente de las tenazas. Durante el verano se entretenía con una pluma, con un cortapapeles, con un cortaplumas.

—Querida amiga—dijo dando un soberano golpe que puso el fuego patas arriba,—vuelvo a pedirte perdón si entro en esos detalles... Yo te he satisfecho con toda puntualidad la renta de los fondos que habías puesto en mi poder. Hasta puedo decirte, sin ánimo de ofenderte, que esta renta la he considerado tan sólo como dinero para tu bolsillo particular, pagando tus gastos y no pidiéndote nunca tu contribución por partes iguales a los gastos comunes de la casa.

Y se calló. Renata sufría y le miraba hacer un gran hoyo en la ceniza para enterrar el extremo de un tronco. Acercábase sin duda a una delicada confesión.

—Como tú comprendes, he tenido que hacer producir a tu dinero intereses considerables. Los



capitales se hallan en buenas manos, vive tranquila... En cuanto a las cantidades procedentes de tus bienes de Sologne, en parte han servido para el pago del hotel que habitamos; lo demás está colocado en un negocio excelente, en la Sociedad general de los Puertos de Marruecos... No es esto decir que no marchemos de acuerdo, ¿no es así? pero quiero probarte que los pobres maridos somos con frecuencia injustamente apreciados.

Un poderoso motivo debía impulsarle a mentir menos que de costumbre. La verdad era que la dote de Renata no existía desde hacía mucho tiempo; había pasado, en la caja de Saccard, al estado de valor ficticio. Si satisfacía los intereses a más de doscientos o trescientos por ciento, no habría podido en cambio presentar el menor título ni dar aún la menor garantía sólida del capital primitivo. Por lo demás, como confesaba a medias, los quinientos mil francos de los bienes de Sologne, habían servido para satisfacer la primera cantidad a cuenta del hotel y del mobiliario, que costaban juntos cerca de dos millones. Todavía debía un millón al tapicero y al contratista.

—No te reclamo nada—dijo por fin Renata,—ya sé que te soy deudora de grandes cantidades.

—¡Oh, querida amiga!—exclamó cogiendo la mano de su mujer, sin dejar las tenazas.—¡qué idea tan mezquina se te ocurre!... Oye, en dos palabras; he tenido desgracia en la Bolsa, Toutin-Laroche ha cometido necedades, los Mignon y Charrier son unos gansos que me comprometen... y he aquí por qué no puedo pagar la factura. Tú me perdonarás, ¿verdad que sí?

Parecía en realidad conmovido. Hundió las tenazas en los tizones, produciendo millares de chispas. Renata tuvo presente el inquieto ambiente con que aparecía de algún tiempo a aque-

lla parte, pero no podía descender a la espantosa verdad. Saccard había llegado a un soberano esfuerzo de todos los días. Habitaba un hotel de dos millones. vivía bajo el pie de una dotación de príncipe, y sin embargo, había mañanas en que no tenía ni mil francos en la caja. Sus gastos no parecían disminuir; vivía del crédito entre un ejército de acreedores que se tragaban, día por día, los escandalosos beneficios que realizaba en cierta clase de negocios. Durante aquel tiempo, y en el mismo instante, había sociedades que se hundían bajo sus plantas, nuevos y más profundos abismos se iban abriendo, por encima de los cuales saltaba, ya que no los podía cegar. De este modo marchaba sobre un terreno minado, en continua crisis, satisfaciendo cuentas de cincuenta mil francos y no pagando los salarios del cochero, andando a la continua con una serenidad cada vez más majestuosa, vaciando con mayor frenesí sobre París su caja vacía, de donde continuaba, no obstante, fluyendo el río de oro de los manantiales legendarios.

La especulación atravesaba entonces momentos de mal augurio. Saccard era digno hijo del Municipio; había seguido la rápida transformación, la fiebre de goces, la ceguera en los gastos que agitaba a París. En aquellos instantes, al par que la ciudad, se encontraba ante un formidable déficit, que se trataba de saldar secretamente, pues él no quería oír hablar de prudencia, de economía, de existencia tranquila y burguesa. Prefería conservar el lujo inútil y la miseria real de aquellas nuevas vías, de donde había sacado su colosal fortuna de por la mañana, para engullírsela por la noche. De aventura en aventura, no le quedaba sino la dorada apariencia de un capital ausente. En aquella hora de febril locura, París mismo no comprometía su porvenir con más vehemencia y no iba más en derechura a



todas las extravagancias y a todo latrocinio financiero. La liquidación amenazaba ser terrible.

Las más brillantes especulaciones tomaban mal sesgo en manos de Saccard. Como decía, acababa de experimentar enormes pérdidas en la Bolsa. En un tris estuvo que el señor Toutin-Laroché no hiciese quebrar al Crédito vitícola en un juego a la alza, que bruscamente se volvió en contra suya; felizmente el gobierno, interviniendo bajo cuerda, había vuelto a enderezar la famosa máquina del préstamo hipotecario a los cultivadores. Saccard, conmovido por aquella doble sacudida, maltratado en gran manera por su hermano el ministro, ante el riesgo que acababa de correr la solidez de los bonos de delegación del Municipio, comprometidos con la del Crédito vitícola, encontrábase aún menos afortunado en su especulación con los inmuebles. Los Mignon y Charrier habían roto del todo con él. Si les acusaba era por el sordo coraje de haberse equivocado, haciendo edificar en su parte de terrenos, mientras que ellos vendían prudentemente la suya. Mientras que así realizaban una fortuna, Saccard se quedaba con las casas, de las cuales no podía desprenderse a menudo sin pérdida. Entre otros, vendió en trescientos mil francos un hotel, calle de Marignan, sobre el que debía aún trescientos ochenta mil. Por más que había dado con una estratagema de las suyas, consistente en exigir diez mil francos por una habitación que cuando más valía ocho mil; el inquilino, espantado, no firmaba un contrato de arrendamiento, sino cuando el propietario consentía en regalarle los dos primeros años de alquiler; de esta suerte la habitación quedaba reducida a su precio real, pero en el contrato figuraba la cantidad de diez mil francos al año; y cuando Saccard encontraba un comprador y capitalizaba la renta de la finca, llegaba a una ver-

dadera fantasmagoría de cálculo. Aquel engaño no pudo aplicarlo en gran escala; sus casas no se alquilaban; habíalas edificado demasiado pronto; los escombros, en medio de los cuales se encontraban perdidas en pleno barro en el invierno, las aislaban y las perjudicaban por modo considerable. El asunto que más le llegó al corazón fué la gran pillada de los señores Mignon y Charrier, quienes le compraron el hotel del bulevar Malesherbes, cuya construcción había tenido que abandonar. Los contratistas se vieron al fin espoleados por el deseo de vivir en "su bulevar". Habiendo vendido su parte de terrenos de mayor valía, y habiendo olfateado los apuros de su antiguo socio, le ofrecieron desembarazarle del cercado en medio del cual el hotel se alzaba hasta la altura del suelo del primer piso, cuya armazón de hierro estaba en parte colocada. No hubo más sino que trataron de cascotes inútiles aquellos sólidos cimientos de piedra de talla, agregando que hubieran preferido el solar mondo y lirondo, para edificar ellos a su guisa. Saccard no tuvo más remedio que vender, sin tener en cuenta los ciento y pico de miles de francos que ya había gastado. Y lo que aun le sacó más de quicio fué que los contratistas no quisieron volver a quedarse con el terreno a doscientos cincuenta francos el metro, cantidad que quedó fijada al reparto. Rebajáronle veinticinco francos por metro, al modo de esas prenderas que no dan más que cuatro francos por un objeto que el día anterior vendieron por cinco. Dos días después, Saccard tuvo el sentimiento de ver una caterva de albañiles invadir la cerca de tablas y continuar edificando sobre los "cascotes inútiles".

Representaba ante su mujer los apuros en que se veía, tanto más cuanto que sus asuntos se embrollaban a más y mejor. No era hombre capaz de confesarse tan sólo por amor a la verdad.



—Pero, hombre—dijo Renata como dudando, —si tan apurado te encuentras, ¿a qué haberme comprado esta diadema y este collar que te han costado, según creo, setenta y cinco mil francos?... Nada tengo que hacer con estas joyas; voy a verme en la necesidad de tenerte que pedir permiso para desprenderme de ellas y dar algo a cuenta a Worms.

—¡Guárdate muy bien de hacerlo!—exclamó lleno de zozobra.—Si mañana, en el baile del ministerio te viesen sin esas alhajas, no se armarían pocos chismes tocante a mi situación...

Estaba hecho un ángel de Dios aquella mañana. Acabó por sonreírse y por decir por lo bajo y guiñando los ojos:

—Cara amiga mía, nosotros los especuladores somos como las mujeres bonitas, tenemos nuestras truhanadas... Guárdate tu diadema y tu collar; te lo ruego por mi amor.

No podía contar la historia, que era graciosa a más no poder, aunque un tanto arriesgada. Al final de una cena fué cuando Saccard y Laura de Aurigny celebraron un tratado de alianza. Laura estaba acibillada de deudas y ya tan sólo pensaba en dar con un buen muchacho que quisiese raptarla y llevársela a Londres. Saccard, por su parte, sentía que el suelo se derrumbaba a sus pies, su imaginación, en el mayor apuro, buscaba un expediente que le mostrase al público como revolcándose en un lecho de oro y de billetes de banco. La llevada y traída joven y el especulador, en la semiembriaguez de los postres, se entendieron; él concibió la idea de aquella venta de diamantes que hizo correr por todo París, y en la cual adquirió, moviendo gran ruido, alhajas para su mujer. Después, con el producto de la venta, cosa de cuatrocientos mil francos, consiguió satisfacer a los acreedores de Laura, a los cuales, poco más o menos, debía doble canti-

dad. Hasta hay que creer que de aquel juego retiró una parte de sus sesenta y cinco mil francos. Cuando se le vió liquidar la situación de la Aurigny, pasó por amante suyo, creyóse que pagó la totalidad de sus deudas y que hacía locuras por ella. Todas las manos se tendieron hacia él, y volvió a gozar de su crédito por modo aún más formidable. Y se le compadecía en la Bolsa por su pasión, con sonrisitas y alusiones que le entusiasmaron. Durante aquel tiempo, Laura de Aurigny, puesta en evidencia por semejante alboroto, y en cuya casa Saccard ni siquiera pasó una noche, hizo como que le engañaba con ocho o diez imbéciles, engolosinados con la idea de robarla a un hombre tan colosalmente rico. En un mes se hizo con dos mueblajes y con más diamantes de los que había vendido. Saccard había adquirido la costumbre de irse a fumar un cigarro en su casa, por la tarde, a la salida de la Bolsa; a menudo se percataba de algunos faldones de levita que huían, espantados, por las puertas. Cuando se encontraban sólo no podían mirarse sin echarse a reír, y él la besaba en la frente, cual si se tratase de una muchacha perversa, cuyas bellaquerías le entusiasmaron. No le daba siquiera un sueldo, y hasta una vez ella le prestó dinero por una deuda contraída en el juego.

Renata quiso insistir y habló de empeñar cuando menos las joyas; mas su marido le dió a entender que aquello no era posible y que todo París hallábase en la expectación de vérselas al día siguiente. Entonces la joven, a quien la factura de Worms inquietaba sobremanera, acudió a otra solución.

—Pero —exclamó de súbito, —mi negocio de Charonne va por buen camino, ¿no es verdad? Hasta me dijiste el otro día que los beneficios serían enormes... Tal vez Larssonneau me adelantaría los ciento treinta y seis mil francos...



Hacia un instante que Saccard tenía olvidadas las tenazas entre las piernas. Tomólas vivamente, se inclinó y casi desapareció en la chimenea, en donde la joven oía sordamente su voz, que murmuraba:

—Sí, sí, Larsonneau podría tal vez...

Por su propio impulso, llegaba por último Renata al punto a que él la conducía con toda suavidad desde el principio de la conversación. Siempre se opuso a enagenar los bienes de la tía Isabel; había jurado a ésta conservarlos intactos para legarlos a su hijo, si llegaba a ser madre. Ante tamaña testarudez, la imaginación del especulador se puso a trabajar y concluyó por forjar todo un poema. Fué obra de exquisita perfidia, un engaño colosal, del cual, el Municipio, el Estado, su mujer y hasta Larsonneau, debían resultar víctimas. No habló más de vender los terrenos; no había más sino que gimoteaba un día tras otro por la tontería que resultaba en dejarlos improductivos, contentándose con una renta de dos por ciento. Renata, acosada siempre por sus necesidades de dinero, acabó por aceptar la idea de una especulación, fuere la que fuere. Saccard basó su especulación en la certidumbre de una próxima expropiación, para la apertura del bulevar del príncipe Eugenio, cuyo trazado no estaba todavía determinado con claridad. Y entonces fué cuando llevó a su antiguo cómplice Larsonneau, como un asociado, que cerró con su mujer un tratado bajo las bases siguientes: ella aportaba los terrenos, que representaban un valor de quinientos mil francos; por su parte Larsonneau se comprometía a edificar, en aquellos terrenos, por el importe de una suma igual, una sala de café-concierto, acompañada de un gran jardín, en donde se instalarían juegos de toda clase, columpios, juegos de bochas, de birlos, etcétera. Los beneficios, naturalmente, habrían de

repartirse, así como las pérdidas habrían de soportarse por mitad. En el caso de que uno de los socios quisiese retirarse, podría hacerlo, exigiendo su parte, con arreglo a la estimación que procediera. Renata pareció sorprendida ante aquella importante cantidad de quinientos mil francos, siendo así que los terrenos valían, a todo tirar, trescientos mil. Mas él le dió a comprender que era aquél un medio hábil de atar para más adelante las manos de Larsonneau, cuyas construcciones no llegarían jamás a semejante suma.

Larsonneau se había convertido en un vividor elegante, bien enguantado, con ropa blanca deslumbradora y con corbatas admirables. Para hacer sus correrías se había echado un tilbury, elegante y ligero como obra de relojería, muy elevado de asiento y guiado por sí propio. Sus oficinas de la calle de Rívoli la constituían una hilera de piezas suntuosas, en las que no se veía ni una caja de cartón ni el menor legajo. Sus empleados escribían en mesas de peral pintado de negro, taraceadas y adornadas con molduras de cobre cincelado. Había tomado el título de "Agente de Expropiación", oficio nuevo que las obras de París habían creado. Sus relaciones con el Municipio le tenían al corriente de antemano sobre la apertura de las nuevas vías. Cuando llegaba a que se le hiciese saber, por un agente inspector, el trazado de un bulevar, iba a ofrecer sus servicios a los propietarios amenazados. Y hacía valer sus triquiñuelas para aumentar la indemnización, gestionando antes de que llegara a publicarse el decreto de utilidad pública. Desde el punto y hora en que un propietario aceptaba sus ofrecimientos, corrían por su cuenta todos los gastos, trazaba un plano de la propiedad, escribía una Memoria, seguía el asunto ante el tribunal, pagaba un abogado, todo mediante un tanto por



ciento sobre la diferencia entre la oferta del Municipio y la indemnización concedida por el jurado. Pero a aquella industria casi a las claras, agregaba mucho más. Sobre todo, prestaba con usura. No era ya el usurero de la antigua escuela, andrajoso, sucio, de pálidos y mudos ojos como monedas de cien sueldos, de labios descoloridos y apretados como los cordones de una boha. El se mostraba sonriente, dirigía miradas encantadoras, hacíase vestir por Dusautoy, iba a almorzar a casa de Brébant con su víctima, a quien llamaba "caro amigo", ofreciéndole habanos a los postres. En el fondo, dentro de sus chalecos que le apretaban la cintura, Larsonneau era un terrible caballero que habría gestionado el pago de una cuenta hasta el suicidio del firmante, sin perder un ápice de su amabilidad.

De buena gana habría buscado Saccard otro asociado, pero abrigaba siempre inquietudes tocante al inventario falso que Larsonneau guardaba como oro en paño. Prefirió interesarle en el negocio, contando con aprovecharse de cualquiera circunstancia para volver a entrar en posesión de tan comprometedor documento. Larsonneau construyó el café-concierto, construcción de tablas y de argamasa, cubierta con campaniles de hojalata, que hizo pintarrapear de amarillo y rojo. El jardín y los juegos tuvieron aceptación en el populoso barrio de Charonne. Al cabo de dos años, la especulación parecía próspera, aunque los beneficios fuesen en realidad muy exigüos. Saccard, hasta entonces, no había hablado sino con gran entusiasmo a su mujer del porvenir de tan peregrina idea.

Renata, viendo que su marido no se determinaba a salir de la chimenea, en donde su voz se ahogaba cada vez más:

—Yo iré hoy a ver a Larsonneau—dijo;—es el único recurso que me queda.

Entonces Saccard dejó el tizón con que luchaba.

—El paso está dado, querida amiga—contestó sonriendo.—Por ventura, ¿no me anticipo a todos tus deseos?... Ayer por la noche vi a Larsonneau.

—¿Y te prometió los ciento treinta y seis mil francos?—preguntó con ansiedad.

Entre los dos tizones que ardían, iba formando un montoncillo de ascuas, reuniendo con todo cuidado, con las puntas de las tenazas, los más pequeños fragmentos de carbón, contemplando con ademán satisfecho cómo se alzaba aquel cerrillo que con tan exquisito arte construía.

—¡Oh! ¡pues no corres poco!—masculló.—Los ciento treinta y seis mil francos componen una suma importante... Larsonneau es un buen muchacho, pero su caja es todavía modesta. Sin embargo, está dispuestísimo a complacerte...

Y se detenía, guiñando los ojos, reconstruyendo un lado de la montañita que acababa de venirse abajo. Aquel entretenimiento empezaba a embrollar las ideas de la joven. A pesar suyo, seguía con la vista el trabajo de su marido, cuya torpeza aumentaba. Tentada estaba de aconsejarle. Olvidándose de Worms, de la factura y de la falta de recursos, acabó por decir:

—Pero coloca debajo el gran pedazo aquel; así los demás se sostendrán.

Su marido la obedeció con docilidad, agregando:

—No puede encontrar más que cincuenta mil francos. Siempre es una bonita cantidad para entregarla a cuenta... Sólo que no quiere involucrar este negocio con el de Charonne. El no es más que intermediario, ¿comprendes, querida amiga? La persona que presta el dinero exige intereses enormes. Querría un pagaré de ochenta mil francos a seis meses fecha.



Y habiendo coronado el montículo con un pedazo de brasa puntiagudo, cruzó las manos sobre las tenazas, mirando de hito en hito a su mujer.

—¡Ochenta mil francos!—exclamó,—¡pero eso es un robo!... ¿Me aconsejas acaso mañana locura?

—No—dijo sin rodeos,—pero si tienes en absoluto necesidad de dinero, no te la habré de prohibir.

Se levantó como para retirarse. Renata, pasoto de indecisión cruel, miró a su marido y a la factura que dejaba sobre la chimenea. Concluyó por cogerse la cabeza entre las manos, murmurando:

—¡Oh! ¡esos negocios, esos negocios! Tengo esta mañana destrozada la cabeza... Anda, voy a firmar el pagaré de ochenta mil francos. Si no lo hiciese, acabaría por caer seriamente enferma. Me conozco, pasaría el día entero en un combate horrible... Las barbaridades prefiero hacerlas de golpe y porrazo; esto me alivia.

Y habló de llamar para que fuesen en busca del papel timbrado. Mas él quiso prestarle aquel servicio en persona. A no dudarlo, el papel timbrado lo tenía en el bolsillo, pues su ausencia se prolongó apenas dos minutos. En tanto que Renata escribía en una mesita que él había acercado a la chimenea, él la contemplaba con ojos en que brillaba ávido deseo. Hacía gran calor en la habitación, impregnada todavía con el ambiente del primer tocado de la joven. Hablando, hablando, había dejado que resbalaran los grandes pliegues del peinador en que se había arrebuñado, y la mirada de su marido, de pie delante de ella, se deslizaba sobre su inclinada cabeza, por entre el oro de sus cabellos, hasta detenerse en las blancuras de su cuello y de su pecho. Sonreíase por modo singular; aquel ardiente fuego que le había encendido el rostro, aquella

cerrada habitación en que la espesa atmósfera conservaba una fragancia de amor, aquellos cabellos amarillos y aquella blanca tez que le incitaban con una especie de desdén conyugal, poníanle meditabundo, ampliando los límites del drama, una de cuyas escenas acababa de representar, haciendo surgir en él algún secreto y voluptuoso cálculo en su carne brutal de agiotista.

Cuando su mujer le alargó el pagaré, rogándole que terminase el asunto, él lo tomó, sin dejar de mirarla.

—Estás pasmosamente linda.

Y como Renata se bajase para apartar la mesa, la besó rudamente en el cuello. La joven lanzó un ligero grito; en seguida se levantó, temblorosa, tratando de reír, pensando, sin ser parte a evitarlo, en los besos del otro, del día anterior. Aquel beso de cochero le apenó; despidióse de ella, estrechándole amistosamente la mano y prometiéndole los cincuenta mil francos aquella noche misma.

Renata dormitó todo el día delante del fuego. En los momentos de crisis sentía languideces de criolla. Entonces toda su turbulencia se hacía perezosa, friolenta, adormecida. Tiritaba, le eran indispensables ardientes brasas, calor sofocante que le llevaba a la frente gotas de sudor que la adormecían. En aquel ardoroso ambiente, en aquel baño de llamas, casi no padecía; convertíase su dolor como en ligero sueño, en opresión vaga, cuya indecisión hasta concluía siendo voluptuosa. Así fué cómo adormeció hasta la noche sus remordimientos de la víspera, en la rojiza claridad de la chimenea, ante un espantoso fuego que hacía crujir los muebles en torno suyo y que le quitaba, a veces, hasta la conciencia de su ser. Pudo pensar en Máximo como en un ardiente goce, cuyos rayos le abrasaban; acometióle como una pesadilla de extravagantes amores,



en mitad de piras de fuego, sobre lechos enrojecidos al blanco. Celeste iba y venía en la habitación, con su quieta fisonomía de doncella de sangre helada. Tenía orden de no dejar entrar a nadie; hasta despidió a las inseparables Adelina de Espanet y Susana Haffner, de regreso de un almuerzo que acababan de tener juntas, en un pabellón alquilado por ellas en Saint-Germain. Sin embargo, allá hacia la noche, habiendo ido a decir a su señora que madama Sidonia, la hermana del señor, quería hablarle, dió orden de que la dejaran entrar.

La señora Sidonia generalmente no iba sino ya entrada la noche. Su hermano había, no obstante, conseguido que se pusiera vestidos de seda. No se sabía cómo, mas era el caso que la seda que llevaba, por más que acabase de salir de la tienda, nunca se veía nueva; se arrugaba, perdía el brillo y parecía un pingajo. Asimismo había accedido a no llevar su cesto a casa de los Saecard. En cambio, sus bolsillos rebosaban de papelotes. Renata, de la que no podía hacer una cliente razonable, resignada a las necesidades de la vida, le interesaba. Visitábala con regularidad, con discretas sonrisas de médico que no quiere asustar a un enfermo haciéndole saber el nombre de su enfermedad. Compadecíala por sus miserias, así como por la pupa que curaría en un dos pos tres, si la joven viniese en ello. Esta, que se encontraba en uno de esos instantes en que la persona necesita ser compadecida, la mandaba únicamente entrar para decirle que tenía dolores de cabeza de todo punto insoportables.

—¡Ah, hermosa mía!—murmuró madama Sidonia al deslizarse a la obscuridad de la habitación,—¡pero si te estás ahogando aquí!... Siempre con tus dolores neurálgicos, ¿no es así? Penas y nada más que penas: tomas la vida demasiado por lo serio.

—Sí, no me faltan desazones—contestó lánguidamente Renata.

La noche se venía encima. No había querido que Celeste encendiese la lámpara. Solamente la chimenea lanzaba roja claridad, que la iluminaba de lleno, arrellanada, en su blanco peinador, cuyos encajes aparecían color de rosa. En la penumbra veíase tan sólo la orla del vestido negro de la señora Sidonia y ambas sus manos cruzadas cubiertas con guantes de algodón gris. Su apagada voz parecía salir de las tinieblas.

—¡Todavía disgustos por causa del dinero!—dijo, como si hubiese dicho “penas del corazón”, con tono rebosante de dulzura y de compasión.

Renata bajó los párpados e hizo un ademán de asentimiento.

—¡Ah! si mis hermanos quisiesen oirme, todos seríamos ricos. Pero se encogen de hombros cuando les hablo de aquella deuda de tres mil millones... Tengo grandes esperanzas, a pesar de todo. Desde hace diez años estoy deseando hacer un viaje a Inglaterra... ¡Puedo disponer de tan poco tiempo!... Por último he resuelto escribir a Londres, y en espera estoy de respuesta.

Pero como la joven se sonriese:

—Ya lo sé que eres una incrédula tú también. Muy contenta quedarías, no obstante, si un día de estos te hiciese un regalo de un milloncejo... Vaya, la historia es por demás sencilla: se trata de un banquero de París que prestó dinero al hijo del rey de Inglaterra, y como el banquero falleció sin heredero legítimo, el Estado puede hoy día exigir el reembolso de la deuda, con sus intereses compuestos. Yo tengo hecho el cálculo, y la cosa asciende a dos mil novecientos cuarenta y tres millones doscientos cincuenta mil francos... No tengas miedo, que será un hecho, será un hecho.

—Entre tanto—dijo la joven con un tanto de